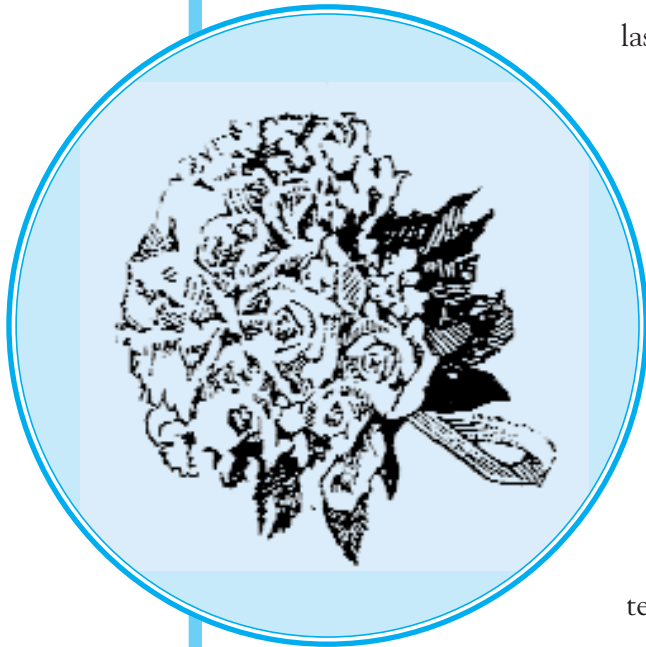


Casarse en Rentería

(Crónica de dos renterianos de viaje de novios)

Gema Insausti



Conservar, a pesar de todo, el sentido del humor y poder contar las cosas a través del tiempo es lo importante y lo que me trae en esta ocasión a estas páginas. Procurar que quien me lea pase un rato agradable y entretenido es la misión que esta vez me ha autoimpuesto. Renterianos y renterianas: que ustedes lo pasen bien.

A veces, la realidad supera con creces la ficción y puedo dar fe de que, aunque este artículo parezca una invención fruto de la imaginación de quien suscribe, todo lo que aquí cuento es rigurosamente cierto.

Contraer matrimonio es algo en apariencia sencillo pero no es así y voy a encargarme de demostrarlo. Deja de serlo cuando en los prolegómenos de la ceremonia el padrino y padre de la novia está ingresado en la Residencia, víctima de un infarto, y además el novio está encerrado en una protesta sindical en “Papresa”, entonces aún “Papelera Española”.

La cosa se complica más porque el piso está a medio hacer, los cables de la luz se trastocan y cuando enciendes el interruptor del baño, es la habitación lo que se ilumina y si aprietas el del pasillo se enciende la luz de la cocina. La pared se agujerea cuando se pretende colocar un registro nuevo y, para rematar la faena, se arroja un cubo de pintura rosa contra una puerta recién estrenada desde lo alto de una escalera.

A pesar de tanto despropósito, aquel 14 de enero llegué blanca, radiante y puntual a la puerta de Nuestra Señora de la Asunción, una elección fácil para nosotros, bautizados los dos en nuestra parroquia, pero sin imaginar todavía los esfuerzos que íbamos a tener que hacer para ponernos unos anillos que el día anterior entraban perfectamente, ni que las arras acabarían por los suelos y que mi salida triunfal de la iglesia consistiría en pisarme la puntilla del bajo del vestido (arrancando un buen trozo, por supuesto). Aún recuerdo los esfuerzos de la madre de mi amiga por anudarla en la escalera con el fin de evitar que terminase de destrozarla por completo.

Así me casé, del brazo de mi suegro, porque mi padrino suplente, un primo francés, había pasado la muga la noche anterior para irse de juerga a Donosti y se torció el pie. Como no me pareció buena manera de estrenar mi nuevo estado entrar en la iglesia con un cojo

circunstancial del brazo, hubo cambios de planes. Mientras yo estaba por la mañana en la peluquería, el “padrino suplente” pasó la mañana con el pie metido en un barreño de agua con sales tumbado en el sofá. No vean la cara de mi madre cuando le conté la circunstancia al bajar ella de la visita a mi padre en la “resi”.

Aún así lo peor estaba por venir. Siempre se espera con ilusión ese estupendo viaje de novios que, se supone, es el colofón perfecto para una ceremonia tan hermosa. Y, en efecto, fue un viaje de novios acorde con todo lo anterior.

Tras la comida (con subida a la Residencia incluida, a dejar a mi padre el ramo de novia y con un fotógrafo que parecía el camarero de “El guateque” y a mi álbum me remito) estupenda, oficiada, y digo oficiada por que Venancio, amigo de mi padre, recién salido entonces del “Oñatiarra”, elevó a la categoría de arte nuestro menú, aquel hermoso y soleado 14 de enero comenzó a volverse lo suficientemente frío como para que mi precioso vestido de princesa con escote de puntilla y gasa, resultara, a pesar de la bebida, absolutamente gélido, lo que me provocó un trancazo acompañado de una afonía considerable.

Al día siguiente partí (sin voz, por supuesto) acompañada de mi flamante recién estrenado esposo, camino de Vitoria, donde teníamos que dejar a uno de sus hermanos. Allí tuvo una reflexión en voz alta:

- ¿Qué dinero llevas?
- Lo de los invitados. Todo en metálico –le respondí.
- Bueno, pues cuando se nos acabe tendremos que volver, porque nos hemos dejado la tarjeta y las cartillas en casa. ¡Bah!, un simple contratiempo.

Por aquí, en la zona de Zamora... ¡hay una dehesa con toros! ¡Un paisaje!... que la espesa niebla nos impidió contemplar hasta Portugal, cien kilómetros adentro. No pasa nada, estamos en invierno, es lógico.

Buscamos alojamiento en Nazaré y dada mi pochez, mi marido (que empezaba a quejarse de un ligero dolorcillo de muela) tomó la determinación de bajar a cenar sólo. Volvió al poco rato profiriendo una serie de improperios imposibles de reproducir aquí.

- ¿Qué te ha ocurrido?
- ¡Que me he dado un leñazo con un macetero de cemento en la espinilla, en el paseo de la playa!.

Finiquitados los antibióticos del botiquín, gracias a mi colaboración desinteresada, - que acabaron con lo que parecía un conato de pulmonía-, tocaba echar mano de las vendas y más tarde de los calmantes para las muelas. La primera noche que mi tos nos permitía dormir fueron sus dolores de pierna y muelas los que nos dejaron en blanco. Volvimos con el botiquín vacío pero hicimos un hermoso ajuar que portamos hasta Andalucía en el maletero del coche.

En Huelva decidimos estar de paso y dormir en Sevilla, por lo que compramos unos fiambres con los que cenar unos bocadillos en la entrada de la ciudad hispalense. Tanto equipaje nos agobió, por lo que lo facturamos a Irún. Al entrar en la estación de Huelva me di un soberbio porrazo contra el suelo, producto de un resbalón, porque el suelo estaba mojado. Pero facturé el paquete, que a eso había ido.

En las afueras de Sevilla, Elías me requirió:

- Tengo hambre, ¿te parece si cenamos ya?
- ¡De acuerdo!.
- Gema: ¿dónde has dejado los fiambres?

- Están ahí atrás, al lado de la camisa.
- ¿Al lado de qué camisa? ¿De la que hemos metido en el paquete?.

Doy fe de que aquellas han sido las 1050 pesetas de fiambre que han hecho el viaje en tren más largo de la historia.

Cenamos en un centro comercial, dormimos por allá y al día siguiente marchamos con la intención de pernoctar dos días en Granada. Aparcamos nuestro coche (nuevecito, del año 87 y hablo del 89) en una cuesta de la que a los dos días salió con un rayón considerable en un costado. Mosqueados, pero no vencidos, fuimos hacia Almería, donde pensábamos pasar otro día. Debíamos tener un aspecto tan infame que nadie nos dio cobijo, por lo que decidimos irnos a otra parte.

Hacía un año que yo tenía carnet de conducir y Elías iba cansado, por lo que me instó a que cogiese el volante. No llevaba un kilómetro conduciendo, cuando entré en un tramo de obras. Gravilla. Elías se empezó a poner nervioso al ver que yo me inquietaba y decidió sustituirme. Acostumbrada a coche de gasoil, al mando de uno de gasolina al ¡para! respondí pisando el embrague, por lo que salí disparada pasando por encima de un clavo de ocho centímetros que sujetaba la señalización. La llanta destrozada obligaba a sustituirla por la de repuesto; pero he aquí que habíamos olvidado en casa el tornillo de seguridad.

En plena faena comenzó a llover (¡en Almería!) y paró la Guardia Civil, que llevó a Elías a un taller cercano. 8500 pesetas que dejaron nuestra economía bailando lo suficiente como para decidir en aquel instante volvernos a casa.

Una cerrada niebla nos acompañó hasta Burgos, donde ya agotados decidimos echar una cabezadita en el parking de un centro comercial. Entramos en Álava. Miñones en una esquina. Elías se pregunta en voz alta qué harían allí. Nos enteramos enseguida de lo que hacían cuando en una gasolinera, paralela a un cambio de rasante, salía delante nuestro un camión. Para evitar empotrarnos contra él, pisamos la raya continua. Un coche que venía de frente nos dio las luces y los miñones detrás. ¿No saben que no se puede adelantar en un cambio de rasante? Tras múltiples explicaciones sobre nuestras aventuras, pago aplazado de la multa porque ya no llevábamos ni un céntimo en metálico.

Por fin en casa. ¿Sanos y salvos? Sí, no mucho más que contar. Elías se tiró tres meses yendo al dentista a causa de la infección en la boca, el buzón guardaba otra multa de 15000 pesetas de Burgos y... el paquete. ¡Oh!, la caja de Pandora guardaba aún una sorpresa. Los fiambres estaban en su interior. Imagínense ustedes en qué estado; pero habían desaparecido dos juegos de sábanas y una funda de colchón.

Hay quien me dice: Chica, sólo te faltó quedarte preñada. Nuestro hijo Mikel nació el 17 de octubre de ese mismo año. Por favor, saquen ustedes mismos la cuenta.

